

La villa de Feurs, Loira, representada en una miniatura medieval (Biblioteca Nacional, París). La ciudad medieval estaba encerrada entre estrechas murallas y en muchos casos era plaza militar.

El mundo del feudalismo

por ANTONI JUTGLAR

La importancia histórica general del complejo fenómeno social, económico, político y cultural del feudalismo es, sin duda, algo indiscutible y aumenta si se tiene en cuenta que muy diversos autores vienen repitiendo casi tópicamente que la formación de Europa tiene sus raíces más potentes, fundamentales y decididas en el período feudal. En este sentido, por ejemplo, se habla de Carlomagno como “padre de Europa”. Todo ello

condiciona la necesidad de efectuar desde un principio una labor de información suficientemente amplia que facilite debidamente la comprensión de las líneas básicas, a partir de las cuales se pueda estudiar, con profundidad y provecho, tanto los detalles como las direcciones más significativas y peculiares de una etapa clave de la historia occidental.

Existen numerosos trabajos y datos que

FACTORES BASICOS DEL ESQUEMA FEUDAL

INSEGURIDAD SOCIAL

(Producida por inestabilidad política, oleadas invasoras, falta de garantía de diverso tipo, etc.)

COLAPSO DE LA VIDA ECONOMICA ANTIGUA

(Producido por el hundimiento creciente de la economía urbana, la rarefacción de la circulación monetaria, las dificultades en aumento para la vida mercantil y, finalmente, la interrupción de los últimos contactos económicos entre el mundo mediterráneo occidental y el oriental.)

HEGEMONIA DEL PODER DE LOS GRANDES PROPIETARIOS AGRICOLAS. DEFINICION DE LA PRIMACIA DE LOS ESQUEMAS DE CULTURA Y ORGANIZACION AGRARIOS

permiten acercarse, con bastante "aproximación", a la época feudal. Son ya clásicas las aportaciones, basadas sobre investigaciones y exposiciones sumamente clarificadoras, de autores como Dopsch y Pirenne, que han dibujado perspectivas magistrales sobre el preludio del típico mundo feudal y sobre numerosas etapas más posteriores de los esquemas feudales más estrictos, respectivamente. Diversos puntos pueden, pues, concretarse con bastantes posibilidades de exactitud: proceso de formación, consolidación, duración, evolución, etc. Sin embargo, tales posibilidades de concreción no significan que las innumerables referencias a las complejas facetas del feudalismo puedan aparecer simplificadas y dibujadas en fácil síntesis, de una forma global y plenamente satisfactoria. En realidad, el fenómeno sociopolítico, económico y cultural del feudalismo

Bajo la mirada del amo, unos siervos proceden a la recolección y prensado de la uva; miniatura del Evangelario de San Bernulfo (Aartsbisschoppelijk Museum, Utrecht).



sigue planteando interrogantes de relativa envergadura que hacen difícil explicarlo de forma precisa y plenamente clara. En este sentido no satisface señalar que, durante los siglos IX a XII de nuestra era, Europa occidental se organizó como una sociedad y una economía feudales.

No basta, en efecto, señalar tales aspectos ni siquiera completándolos con las lógicas referencias al hecho de que en el decurso de los siglos mencionados el complejo mundo feudal adquirió definitivamente sus rasgos y su potenciación más definitivos. Y es que, en buena parte, la dificultad de una explicación o de concreciones más satisfactorias estriba en que la plataforma feudal no surgió súbitamente, de golpe y porrazo, ni desapareció de forma estrepitosa y total, sino que diversas de sus implicaciones y repercusiones siguieron manteniéndose y manifestándose durante varios siglos.

Para comprender la conformación definitiva del feudalismo es preciso remontarse a etapas muy anteriores al siglo IX, especialmente a las etapas confusas y difíciles de diversos periodos del Bajo Imperio romano en Occidente, cuando la crisis de la sociedad, de la economía y del aparato político imperial fue favoreciendo, de manera difícil de concretar en cada momento, la aparición y posterior definición de una serie de rasgos que acabarían concretándose en el complejo fenómeno que se conoce como *feudalismo*. La crisis del Bajo Imperio esbozó una serie de matices que acabaron por convertirse en algunos de los rasgos más característicos del mundo feudal. Así ocurrió en Occidente con la creciente tendencia a la ruralización, precipitada, a partir del siglo III, con el irreversible movimiento de decadencia de la vida urbana, afectada por problemas graves y de diversa índole.

En aquellas etapas del Bajo Imperio, el campo fue adquiriendo mayor importancia; por el contrario, la vida de las ciudades fue entrando en declive merced a un complejo proceso que acabaría por dar a los factores agrarios el peso definitivo de la sociedad, la economía y la cultura, de forma que el eje de las actividades de toda índole quedó centrado en los núcleos rurales, que durante varios siglos van a constituir el centro básico de la civilización occidental y su plataforma típica, que será una de las mejores características de la realidad feudal.

Tal proceso de ruralización sirve para subrayar el decisivo papel que durante centurias desempeñaría el predominio de formas económicas de tipo agrario y la primacía de formas de organización social de carácter cerrado y local; además, desembocaría en unos resultados de gran importancia

*Detalle de un capitel románico borgoñón
del siglo XII proveniente de la abadía
de Moutiers-Saint-Jean, Côte d'Or
(Museo del Louvre, París).*

*Un campesino descarga un cesto de uva
en el lagar para luego pisarla
con los pies y extraer el mosto.*

en todos los órdenes y que se resumen, en principio, en la simplificación de la propiedad agraria, organización económica, administración judicial y poder político. Una simplificación que, por contracción, iría fundiendo, o confundiendo, los diversos matices y formaría un tipo de unidad sumamente abreviada y primaria.

Con el transcurso lento del tiempo y de forma casi insensible, la propiedad de la tierra tendería a confundirse, por ejemplo, con la facultad de realizar y resolver casos jurídicos de envergadura y con la potestad de organizar y administrar una determinada realidad social. Paulatinamente, pues, el propietario de tierras pasaría a ser el señor político y el árbitro judicial de las personas que vivían en su territorio. Propiedad agraria y poder político-jurídico tenderán, en este sentido, a confundirse, a ser una misma cosa. La simplificación es, pues, evidente.

Así, frente a los clásicos esquemas de poder amplio, ecuménico, complejo, que durante siglos habían presidido la vida del



Esta expresiva matanza del cerdo está empleada como símbolo del mes de noviembre en las "Horas" del duque de Angulema (Biblioteca Nacional, París).



Estas dos escenas de recolección de cereales, que ilustran páginas diferentes del Salterio de Santa Isabel, del siglo XIII, ensalzan la callada labor del campesino medieval, que con su esfuerzo cosechaba frutos con que alimentar a toda la sociedad (Museo de Cividale del Friuli).



Esta miniatura del siglo XI, del Evangelario de San Bernulfo, testimonia las frecuentes y violentas luchas que se entablaron entre los siervos de varios señores feudales y cuyas consecuencias más fatales eran la pérdida de vidas y la devastación de cosechas (Aartsbisschoppelijk Museum, Utrecht).



Imperio romano, con sus funcionarios, su derecho y su ejército, se iría dibujando cada vez con mayor claridad la fuerza de los que, acertadamente, F. Lot denomina los "reyes del campo".

El poder de tales terratenientes es de un tipo muy distinto al imperial. De hecho, su base se encuentra en el polo opuesto de los esquemas que habían presidido durante si-

glos la vida estatal romana. Se trata de un poder originado por la inversión de circunstancias y la variación de factores. En efecto, dichos latifundistas, capaces de hacer frente a los desmanes tanto de bandoleros como de abusivos agentes estatales preocupados solamente por mantener la tambaleante organización política, fueron representando formas concretas de realidad sociopolítica en tanto realizaban funciones que, por defecto o incapacidad, no podía efectuar el agónico aparato imperial de Occidente.

De este modo, la fuerza real de tales propietarios agrícolas aglutinó en el seno de sus propiedades a gentes muy distintas: pequeños campesinos que les cedían sus reducidas propiedades al no poder hacer frente a los crecientes tributos que los atenazaban; artesanos y hombres de las ciudades que huían de los núcleos urbanos a causa de las crisis económicas o de los constantes aumentos de las exacciones fiscales que los atosigaban cada vez más. Así, el "rey de los campos", cada uno de los grandes propietarios agrícolas, se fue convirtiendo en "protector", más o menos eficaz, de un complejo número de personas provenientes del campo o de las ciudades, a las que admitía en sus territorios y "garantizaba" una cierta seguridad frente a peligros exteriores a cambio de determinados servicios o prestaciones.

En efecto, las gentes "garantizadas" o "protegidas" por el gran propietario agrícola no eran meros refugiados que no aportaban nada a la economía del "rey del campo". Artesanos, campesinos, clérigos, guerreros, etcétera, cada uno realizaba una función de "compensación" a cambio de la función defensora realizada por el propietario. De esta forma, en las mismas fechas de agonía de una organización imperial romana decadente-

te en Europa occidental iban gestándose las condiciones primeras para la configuración de la futura sociedad feudal.

La primera oleada de invasiones germanas, la intrusión en las regiones imperiales de Occidente de suevos, vándalos, alanos, visigodos, francos, etc., no fue suficiente para precipitar la plena formación del feudalismo típico, aunque tal irrupción ayuda a avanzar el proceso de feudalización. Habrá que esperar que, en el siglo VIII, la segunda gran oleada de invasiones de normandos, húngaros, musulmanes, etc., produzca la convulsión decisiva en el proceso de cortar amarras con el pasado. En efecto, a partir de esta segunda gran oleada invasora acabó de dibujarse de forma típica y decidida el mundo feudal.

En el lapso de tiempo intermedio entre las dos oleadas invasoras, destruida prácticamente la realidad política concreta del Imperio romano de Occidente, los esquemas sociopolíticos que habían ido creando los diversos núcleos que sustituyeron la antigua realidad occidental no fueron capaces de romper totalmente con la herencia romana, considerándose como parte del mundo romano o continuación del mismo. De este modo imitaron muchas de las facetas del antiguo mundo romano; por eso, dentro de cada núcleo no constituía ninguna novedad la tendencia ruralizante, que encontró condiciones nuevas aún más favorables para su desarrollo. Por tanto, en el periodo intermedio las líneas recesivas en favor de un tipo de economía y sociedad agrarias cerradas iban tomando mayor envergadura, sin acabar de cortar totalmente con residuos de formas más abiertas y complejas de actividad.

En resumen, a pesar de la desaparición del Imperio de Occidente, hasta que no se produjo claramente la segunda oleada invasora, fueron manteniéndose unas formas ambiguas que tenían su raíz en el Bajo Imperio. Pero cuando la segunda oleada de invasiones produjo un nuevo y terrible "shock" en la sociedad de Occidente y rompió totalmente el contacto entre el mundo mediterráneo oriental y el occidental —ruptura realizada por los árabes— no cuajaría decisivamente la solución feudal.

De esta forma, y con un importante papel otorgado al intercambio mediterráneo colapsado, se concretaría el feudalismo. Así aparecen íntimamente ligados, aunque en ocasiones tal relación esté encubierta, dos factores decisivos y fundamentales para la plena definición feudal: uno de tipo económico y otro de tipo psicológico. El segundo puede resumirse en la "falta de seguridad" que durante tanto tiempo, desde la crisis del



Página correspondiente al mes de octubre del manuscrito "Les très riches heures" del duque de Berry, del siglo XV (Museo Condé, Chantilly). Al representar el simbolismo del mes —siembra en el campo—, el artista plasmó la realidad de la sociedad feudal con unos siervos trabajando los campos a la sombra del imponente castillo del señor.

Bajo Imperio, convulsionó y traumatizó el mundo europeo occidental y que, generación tras generación, fue obligando a los hombres de Europa occidental, afectados por desórdenes, invasiones, exacciones y violencias, a retroceder en el planteamiento teórico de su sistema ideal de valores, renunciando, para sobrevivir, a parcelas muy concretas de una libertad más o menos definida sobre el papel, a cambio de la seguridad que podía proporcionar la entrada en el círculo de "protegidos" de un señor. El primer factor

Representación de la festividad de la Exaltación de la Santa Cruz en la hoja del mes de septiembre del Salterio de Santa Isabel, del siglo XIII (Museo de Cividale del Friuli).



es el "colapso económico", especialmente de la circulación monetaria, que llegó a su momento más agudo y desesperado cuando la interrupción de las relaciones económicas cristianas entre las dos grandes divisiones mediterráneas, entre las orillas occidentales y las orientales del antiguo *Mare Nostrum*.

Al sumarse los dos factores mencionados, inseguridad y colapso económico, se hizo inevitable el triunfo de la solución feudal. En concreto, el colapso económico otorgó patente de primacía a una forma de organización económica simple, primaria, cerrada, de tipo eminentemente agrario, en la cual cada unidad rural tendía a producir únicamente aquellas cosas que precisaba para su subsistencia. Una autarquía económica de pequeños núcleos agrarios, constituidos en verdaderos círculos cerrados, se imponía como solución de emergencia.

Paralelamente, ante la grave falta de garantías de todo tipo, económicas, jurídicas y políticas, aquellos que tenían posibilidad de entrar en relación con un señor poderoso no vacilaban en hacerlo al precio que fuese, ya que tal relación les reportaría el "beneficio"

de encontrarse defendidos y protegidos frente a terceros por una realidad estable de fuerza que, a pesar de su carácter primario, representaba en la época la única forma imaginable de obtención de seguridad.

Planteados estos problemas de la forma que lo hemos hecho en las páginas anteriores, no resulta extraño, antes al contrario, que el proceso de configuración feudal fuera lento y que no acabara de consumarse plenamente hasta que causas de fuerza mayor —la segunda oleada de invasiones y la ruptura de las relaciones económicas mediterráneas— pusieron en claro que la única forma de organización y supervivencia posible en aquella época era la del feudalismo. Ante esta situación de extrema gravedad se impuso una pesada solución de emergencia, facilitada por el peso creciente de un factor de tipo espiritual: el menosprecio de los bienes materiales, el abandono de las preocupaciones temporales, la obsesión por "ganar" una positiva vida de ultratumba, compensadora de las desventuras terrenas, predicada continuamente desde los pulpitos de las iglesias cristianas.

Esta "proletarización" cristiana trabajó en favor de la solución de emergencia feudal y benefició a la minoría poseedora que iba a predominar con la plena instauración del feudalismo. La consideración, por parte de una gran mayoría, de que la vida —tal como más tarde se cantará en la *Salve mariana*— es un "valle de lágrimas" restó muchos esfuerzos, energías e imaginación al mundo europeo occidental, otorgando la primacía tanto a la solución de emergencia mencionada como a los núcleos de grandes señores agrarios que iban a sacar ventaja de la situación. En este sentido, no es exagerado definir el feudalismo como un sistema de organización de la inmensa mayoría en beneficio de un pequeño núcleo social.

En la línea apuntada puede asimismo darse un esquema de sintetización de lo que representó el feudalismo, definiéndolo como una determinada forma de organización de la estructura social, jurídica y política de Europa en una época de gran contracción económica; una forma de organización determinada básicamente por un régimen de economía agraria de tipo "doméstico" (de *domus*). El feudalismo ha significado un sistema global de organización que afectó tanto a los campos económico, social, jurídico y político como al terreno cultural y espiritual. Con el feudalismo triunfa un sistema que afectaba, en la vida y en la muerte, a la totalidad de los aspectos o facetas de los hombres en él englobados.

La base del sistema feudal es un contrato bilateral, de características eminentemente

morales, basado en la "palabra dada", que afecta a dos hombres y que, aparentemente, nada o muy poco tiene de económico. El vínculo esencial, la plataforma fundamental del sistema, es un tipo de relaciones entre persona y persona basadas en la "fidelidad". Una persona se constituía en "fiel" o "vasallo"—el término variará con el tiempo—de otra cuando esta segunda persona, el "señor", le ofrecía protección y ayuda, comprometiéndose con ello a aceptar a dicho "fiel" en el círculo de sus beneficiarios. Por su parte, el mencionado fiel, vasallo o "encomendado", que entraba bajo la protección del señor, se comprometía a prestar "servicio" y "consejo" a su señor. Así considerado, el

pacto feudal aparece a primera vista como algo fundamentalmente revestido de rasgos morales.

Pero, ¿qué motivaciones impelían a un hombre determinado a convertirse en fiel o vasallo de un señor? Las motivaciones eran muy concretas y determinadas. Se trataba de encontrar seguridad personal y una plataforma de soporte económico en una época de inseguridad general y de colapso de la economía. Pero en una época de contracción como la que estamos contemplando, sólo se mantenía estable un valor económico: la tierra y sus frutos. Por eso, el señor que recibía a un fiel solamente podía recompensar sus servicios otorgándole tierras. En eso radica

LA TIERRA, VALOR DOMINANTE DE LA EPOCA FEUDAL

El proceso de simplificación de horizontes y actividades que supuso la configuración de la sociedad feudal europea tuvo amplias repercusiones en todos los terrenos, especialmente al acentuar de forma extraordinaria, en comparación con etapas históricas anteriores, el papel tanto de la economía agraria como de las formas culturales más o menos vinculadas a tal tipo de economía.

El formidable predominio de lo agrícola sobre los residuos urbanos, mercantiles, etc., tendría un peso histórico de innegable trascendencia. En primer lugar, se afirmó de forma sólida e indiscutible la primacía del valor tierra en todos los aspectos de la realidad europea de la época. La tierra era el valor dominante no solamente desde el punto de vista económico, sino desde cualquier otra perspectiva. La respetabilidad, la posición social, el éxito, etcétera, se medían por la extensión de tierra que poseía cada persona. Durante siglos, incluso cuando las típicas y estrictas etapas feudales quedarán ya lejos, la afirmación del triunfo concreto de un individuo descansará sobre la posesión de fincas agrícolas.

El fenómeno de tal primacía del valor tierra es, por otra parte, fácilmente comprensible cuando se examina que, en la génesis del feudalismo, al colapsarse de forma más o menos total las actividades agrícolas tradicionales, al desaparecer prácticamente la circulación monetaria, etcétera, sólo permanecería estable el hecho de las posibilidades de utilización del campo.

El cultivo de las fincas rústicas se erigió en pieza fundamental de un nuevo orden económico y social. Si, paralelamente, se tiene en cuenta que la idea de "feudalismo" lleva aparejada la entrega de tierra al "fiel" a quien el señor recibía en el círculo de sus relaciones, no sólo se pone de manifiesto la importancia extraordinaria

de lo agrario como factor económico fundamental, sino que se expresa con tal medida económica un acto de reconocimiento de una categoría o de una dignidad determinadas de tipo social. El feudo, la tierra entregada era de hecho una recompensa, un regalo o un reconocimiento de los méritos sociales obtenidos por una persona concreta, méritos conseguidos en acciones guerreras o en servicios concretos hechos al poderoso señor. En todo caso, la obtención de un feudo tenía una repercusión innegable en la jerarquía social.

De esta primacía del valor tierra arranca la típica concepción europea de lo "nobiliario". El noble, el aristócrata, constituye un tipo social de elevada posición, cuya categoría se mide en base al valor tierra. Durante siglos, nobleza y propiedad agraria serán elementos inseparables. Paralelamente, cuando lleguen las más típicas y estrictas etapas feudales, junto a la permanencia de los factores nobiliarios apuntados se dibujarán, asimismo, el deseo de los miembros de las burguesías nacientes de consolidar su posición socio-económica con la posesión de tierras y la paralela obtención de un título nobiliario. La hegemonía de lo agrario, sublimada con la presencia privilegiada y destacada de los nobles terratenientes en los lugares más preeminentes y más elevados de la escala social, llegará a convertirse, paulatinamente, en un poderoso mito fundamental y en fuente de otros muchos mitos.

La tierra se "sacraliza" y su disfrute, de hecho, será un verdadero anticipo de la voluntad divina respecto al destino eterno de sus beneficiarios. En otras palabras, la tierra pertenece a los mejores ("aristócratas" seglares o eclesiásticos), unos mejores entendidos según la vieja concepción real del mundo helénico. Tierra y predestinación, he aquí algo poco subrayado. En efecto, en el seno de una socie-

dad integrada tales "mejores" lo eran (debían serlo) en todos los terrenos: Dios estaba con ellos, y por eso mismo debían ser respetados, obedecidos e, incluso, reverenciados. Se ha hablado y escrito mucho acerca de los posteriores esquemas de "predestinación" de tipo más o menos burgués, pero posiblemente, acostumbrados a mirar dicho individualismo privilegiado desde un determinado prisma, no se ha insistido suficientemente en los importantes y poderosos precedentes, que de forma particularísima afectan a la estructura de la aristocracia y a la posesión de bienes agrícolas.

Paralelamente, es significativo subrayar que el predominio del valor tierra tenía una realidad gráfica de tipo inmovilista (la tierra no se traslada, las fincas no se mueven, no cambian de ubicación, están siempre en la misma comarca) que otorga un carácter conservador y tradicional a una larga etapa de la historia europea. No se trata solamente del profundo respeto hacia una fuente económica que durante mucho tiempo, y de forma más o menos precaria, resolvió de algún modo los problemas de supervivencia de mucha gente. Nos encontramos, de hecho, en el meollo de una importante tendencia al quietismo político y cultural, que cortaría tanto la imaginación en favor de cambios en los diversos campos de la vida pública y social, como la posibilidad misma de poner en marcha nuevas perspectivas culturales, nuevos horizontes científicos, que difícilmente podían concebirse sin superar con valentía una simplificación de valores que, a partir de una primaria plataforma global agraria, trataba de mantener estáticas y sin variación creencias tales como la de que el mundo terrestre era plano y que la Tierra era el centro básico del universo.

A. J.



Figura de un siervo en la catedral de Maguncia, la destacada edificación del románico renano del siglo XI.

la base real y efectiva de las relaciones feudales.

En efecto, un examen riguroso y profundo de la relación contractual establecida nos descubre facetas de gran importancia, capitales para la comprensión del sistema feudal. En primer lugar, no solamente se pone de manifiesto que el eje real del vínculo entre las dos personas que realizaban el contrato tenía una fundamental característica económica, sino que se configura la fórmula

básica del sistema feudal que, a pesar de su inmovilismo y estabilidad aparentes —la tierra permanece en su lugar—, tenía una importante función dinámica. Es decir, no solamente el señor podía desposeer al “fiel” de la tierra otorgada si éste no cumplía con sus compromisos, sino que, a la larga, la naturaleza económica de la recompensa del señor a su vasallo podía dejar de ser una porción de tierra para convertirse en otra cosa. En todo caso, era siempre un “privilegio”, algo que redondea un sistema de garantías y que va a tener una gran importancia durante siglos, incluso después de las estrictas etapas feudales.

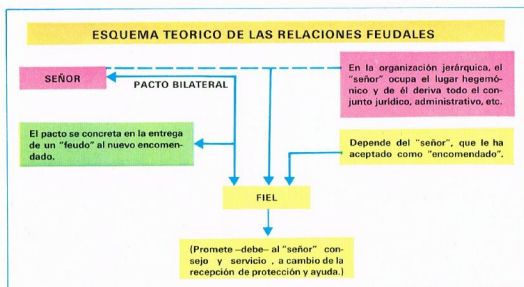
Al principio, y durante mucho tiempo, la “protección” y “ayuda” del señor se concretan en la entrega de una porción de tierra, es decir, de un “feudo”, palabra cuya etimología parece derivar de un antiguo vocablo germánico, *vieh*, que significa ganado, hecho que ratifica tanto el aspecto rural del fenómeno como la línea económica fundamental del mismo. De este modo, el “feudo”, entendido como tierra rentable y provechosa, significaba la concreción material de un pacto moral, que no podía tener posibilidad alguna de ser efectivo sin la existencia de dicha realidad tangible y capaz de suministrar unos determinados frutos o rendimientos. Por todo ello, la tierra pasó a convertirse en base y fundamento de las relaciones entre persona y persona, ya que las mismas implicaban la existencia del “beneficio”, el acto de dar tierra y de admitir con dicho acto a un encomendado en el círculo de relaciones de un señor. Por otra parte, el “beneficio” significaba la materialización de la forma de otorgar seguridad y posibilidad económicas al recipiendario de tierras.

No hace falta subrayar la carga económica real que contienen los conceptos de consejo y servicio. Dejando al margen cuestiones de obligación por parte del feudatario de colaborar militarmente con el señor, existe algo fundamental, una idea básica que no debe perderse de vista: feudo significaría siempre un pago, para que el encomendado, feudatario o vasallo mantuviera su fidelidad al señor que le otorgaba su protección. En el fondo era imposible esconder la realidad de un contrato económico de prestación de servicios. Una realidad más o menos enmascarada, pero que con diversos matices existía en el seno de la sistemática feudal.

De este modo, los aspectos formales del montaje feudal recubren básicamente una realidad socioeconómica de importancia capital. Dadas las circunstancias de la época, la forma de hacer frente y superar los esquemas económicos negativos y la realidad psico-

sociológica de inseguridad consistía en recibir un "feudo". Así se conseguían las garantías de una relativa estabilidad.

Paralelamente, la posesión o no posesión de un feudo definirán el *status* y las verdaderas posibilidades temporales del hombre de la época. Se vive en una etapa de simplificación económica y en ella un hombre sin tierra no tiene ningún valor. Lo único seguro, lo único que cuenta en el campo de la economía es la tierra: la posesión y explotación de la tierra, el disfrute de sus productos, etcétera. Por ello, la tierra se erige en esta época como valor fundamental. Y en virtud de tal realidad, todos los hombres que tratan de subsistir con un mínimo de facilidades



Miniatura del siglo XII que representa la siembra del trigo en una obra de carácter enciclopédico titulada "Speculum Virginum" (Rheinisches Landesmuseum, Bonn).



Representación del sacrificio de un carnero en un manuscrito de los siglos XI-XII (Biblioteca Municipal, Cambray).

buscarán la garantía y la clave de su supervivencia a través de la obtención de un feudo.

Como consecuencia de tal planteamiento, la posesión de un feudo indica una determinada seguridad y "dignidad" social. Ello explica la posibilidad de multiplicación y com-

plicación de relaciones feudales. Un caballero que había recibido un feudo de otro señor, podía, a su vez, aceptar un feudo de un tercero, del mismo modo que podía también entregar una porción de tierra a otra persona en concepto de feudo. De este modo, sobre la base formal de un simple pacto bilateral entre un señor con dominio soberano y un feudatario, surgiría la multiplicación de lazos de dependencia y de relación feudal, de modo que un señor soberano podía ser feudatario de otro—caso del rey de Inglaterra respecto al rey de Francia— por la posesión de una porción de tierra enfeudada. Las relaciones, combinaciones, realidades y derivaciones se complican junto con un montaje paralelo de jerarquías, más o menos teóricas, de emperadores, reyes, duques, marqueses, condes, vizcondes, barones, caballeros... Jerarquías que significaban muy poco, ya que un conde o un duque podían, por ejemplo, ser más poderosos en todos los conceptos que un rey.

A medida que avanza el tiempo y se modifican las condiciones y posibilidades de la vida económica y social, la naturaleza económica esencial del feudo—pago para que el encomendado mantuviera su compromiso con el señor—ayuda a comprender la dinámica, la línea de evolución y cambio que radicaba en el sistema. Así, por ejemplo, cuando la circulación monetaria volvió a adquirir nuevo empuje, el feudo pudo en ocasiones llegar a ser algo distinto de una porción de tierra. Pudo ser una renta, un canon, etc.

Con referencia al periodo crucial en que



Miniatura medieval de un códice francés de la "Política" de Aristóteles que representa una escena de labranza (Biblioteca Nacional, París). Se observan adelantos agrícolas posteriores al siglo XI: el juego delantero de las ruedas, la vertedera junto a la reja, la sustitución de bueyes por caballos y el uso de colleras en éstos para aumentar su potencia de tiro.

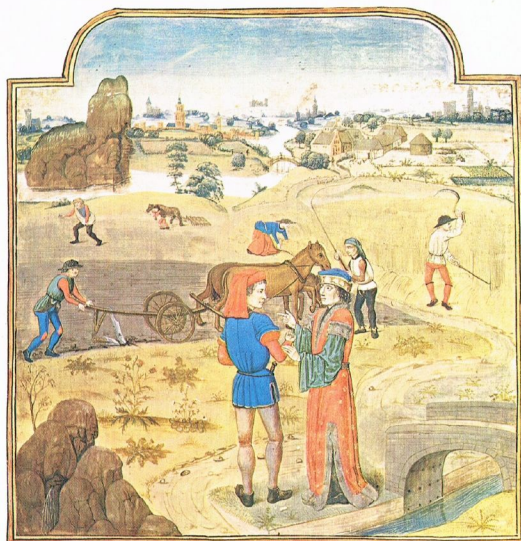
*El señor feudal visita sus propiedades
y da órdenes a su mayordomo
sobre lo que es preciso hacer
en las tareas que contemplan:
arriba, la recolección de los frutos,
y abajo, el cultivo de los campos
y siega de las mieses;
miniatura de un manuscrito medieval
francés (Museo Británico, Londres).*



se configuró el feudalismo más típico, es fundamental reconocer y subrayar el hecho decisivo de que el valor económico por excelencia era el valor tierra. Hemos señalado que un hombre separado de la tierra no tenía ningún valor. Ello era cierto hasta tal punto que una explotación agraria era enajenada, cambiada o cedida con los hombres que contenía, incluido el capataz o encargado de la explotación. Todo giraba, pues, en torno al valor tierra. Por ello, el hombre común, el antiguo siervo, el semibre, el colono, el aparcerero, el arrendatario, etcétera, toda la gama de hombres modestos y humildes que no podían soñar con la posibilidad de obtención de un feudo, es decir, la inmensa mayoría de hombres, se encontraban adscritos, ligados, a la tierra. No podían moverse. Eran, de hecho, un apéndice de la tierra. De ahí surgirá el concepto de "siervos de la gleba".

Paralelamente, la unidad económica básica era la porción de tierra que bastaba para la subsistencia de un hombre. Se trataba, pues, de una unidad económica, arraigada sobre el valor tierra, pero con matizaciones de dimensión, cantidad, calidad, etc., muy variables. Ante tal realidad, unida a los factores antes apuntados, no hace falta ahondar demasiado en las repercusiones y complicaciones de un sistema que adquiría sus características y perspectivas más definidas a partir de las fórmulas agrarias de la época.

Las medidas, por ejemplo, serán distintas según la realidad agrícola. De ahí surgen asimismo las dificultades para efectuar cálculos sobre cantidades de trigo, sobre precio de la carne, etc. Un artesano que se viera precisado a realizar su oficio en una de las pequeñas ciudades de la época debía recibir en metálico, si era imposible encontrar otra fórmula para poder subsistir, una cantidad extraordinaria con que adquirir los productos alimenticios, que de hecho no se vendían, salvo pequisísimas cantidades, porque lo que predominaba era la producción para el autoabastecimiento, para el autoconsumo, para cubrir las necesidades de un pequeño núcleo concreto. Por eso se entregaban escasas cantidades de productos al comercio,



ADSCRIPCION AL SUELO DE LOS SIERVOS DE LA GLEBA

Durante varios siglos, hasta que nuevas perspectivas permitieron a los núcleos dirigentes la posibilidad de otras formas de explotación y de organización productiva, se produjo un viraje claro del comportamiento económico de las primeras etapas medievales respecto a la clásica, decisiva y multisecular economía esclavista de griegos y romanos. Aquella vieja economía significaba, entre otras cosas, la existencia de factores distintos a los posibles en las primeras etapas medievales de Europa, tanto los elementos reales de valoración económica del hombre al margen de su vinculación con la tierra como la existencia de un auténtico tráfico mercantil desarrollado, etc. La dificultad por empalmar con realidades parecidas hubo de cortar, en fin, la vinculación de la economía esclavista antigua y obligó a ceder el paso en la época feudal a nuevas formas aprovechables de organización del trabajo y de control efectivo del hombre trabajador; nuevas formas planteadas en consonancia con los imperativos y las limitaciones impuestas, en definitiva, por el rotundo predominio socioeconómico de una realidad global de tipo agrario.

A partir del esquema apuntado, el proceso decisivo que marca la relativa desaparición de la esclavitud (en comparación con épocas anteriores) durante parte de la Edad Media no presenta, pues, su motivación profunda y eficaz en un único factor unilateral, sino que en dicho proceso tienen un papel tanto el peso de criterios más o menos humanitarios, relativos a la cristianización del mundo occidental, como los factores paralelos de realismo económico. Concretamente, en una época

de extraordinaria recesión mercantil no era fácil ni rentable montar una economía productiva sobre el supuesto de la adquisición de esclavos; paralelamente, el modo de producción por antonomasia era de signo doméstico y profundamente agrario, convertía en algo desprovisto de valor al hombre separado de la tierra, etc.

Dentro de este marco se asistió a la definición de una línea de evolución social y económica que marca el paso de la etapa del "esclavo" a la del "servo", términos idénticos en latín, pero que, en la realidad agraria del feudalismo, significan cosas muy distintas. Mientras el esclavo, de acuerdo con el tradicional concepto de "cosa" propiedad de un dueño, podía efectuar cualquier labor, estar en cualquier parte (casa, jardín, taller, etc.) de su amo, el servo será el equivalente a los antiguos colonos y trabajadores, libres o semilibres, de la época imperial. El servo será, por antonomasia, un campesino dependiente de un señor. Su trabajo está en el campo. Su valor radica en el trabajo que realiza vinculado a la tierra y, por ello, el propietario agrario bajo cuya dependencia se encuentra el servo encontrará una forma de control eficaz a través de la "servidumbre de la gleba".

El trabajador campesino se encuentra, él y sus descendientes, vinculado indeleblemente a la tierra que cultiva, está adscrito al suelo, a su rincón rural. No puede marchar de la tierra que trabaja sin autorización del señor o sin otro tipo de acuerdo con él (redención o compra de la libertad); si se escapa, el señor puede perseguirle, etc. La servidumbre de la gleba, con variantes distintas según el tipo

de campesino o de región, era una esclavitud más o menos matizada y limitada. Una realidad, en suma, que, con todos sus matices y peculiaridades, suponía una tremenda restricción de la libertad del hombre que trabajaba la tierra. Una restricción que acarrearía múltiples conflictos, especialmente en las etapas más avanzadas de la Edad Media, cuando, por ejemplo, el acicate urbano significaría para el campesino fugitivo un tangible y concreto medio tanto de liberación como de supervivencia.

Desastres demográficos como la peste negra supondrían, asimismo, en algunos puntos paradójicas plataformas de fuerza para diversos tipos de campesinos que conseguirían salvar sus vidas. En efecto, las nuevas condiciones que los estragos de la peste motivaron en la economía agraria les permitieron escalar plataformas de más consistencia, a partir de las cuales pudieran discutir, de forma más o menos violenta, su *status* jurídico con sus señores.

De este modo surgirán, concretamente en Cataluña, los graves y conocidos enfrentamientos entre viejos propietarios y campesinos "remensas". Graves enfrentamientos que acabarían con el triunfo de los remensas, al conseguir —después de años de luchas y violencias— la favorable sentencia arbitral de Guadalupe, en 1486. Al margen de casos esporádicos como el mencionado, la verdad es que las formas de restricción de la libertad campesina, las modalidades de adscripción y de servidumbre de la gleba se mantuvieron durante siglos, con oscilaciones y altibajos, hasta las etapas relativamente cercanas de la Revolución burguesa.

A. J.

las imprescindibles para adquirir otros bienes, por ejemplo, sal, especias, tejidos..., que la economía "autárquica" de una comunidad rural no podía suministrar directamente.

Dentro de este marco, lógicamente la cultura se ruraliza. Los clérigos son los que conservan la tradición cultural; al resto de la población no le hace falta saber leer ni escribir. La ruralización de la cultura significa estancamiento y conservadurismo. Se pierde imaginación, todo se repite. Frente a la innovación se dibuja la fuerza terrible de lo tradicional. Y con ello vuelve a aparecer la realidad antes citada de la simplificación.

Las dimensiones de las diversas actividades y facetas políticas, sociales, jurídicas, etc., se van reduciendo al estrecho horizonte de una finca agraria, de una *domus* en el sentido etimológico latino más amplio. Todo

se hace doméstico, y con lo doméstico se instauran las "costumbres" (*costums* catalanas, etcétera). El derecho romano se ha perdido. El señor doméstico será el administrador de la justicia y su decisión pasará a ser "costumbre", es decir, fuente de derecho.

El panorama general de la sociedad feudal aparece como algo sumamente contraido. La idea de propiedad se confunde con la idea de autoridad. El señor gobernará sus tierras como si efectuara la administración "patrimonial" de una gran finca rústica. En esta línea todo se privatiza. Según la *domus*, según el señor, según las costumbres adquiridas, un territorio adquirirá no solamente unas determinadas facetas de fachada exterior, sino también unos módulos políticos, jurídicos, administrativos y sociales, muy distintos de otros territorios. En suma, con el triunfo del feudalismo, la atomización y la dispersión se convertirán en Europa occi-



El trabajo de hilar con una rueca, que las mujeres podían hacer en su casa sin abandonar sus ocupaciones diarias, proporcionaba materia prima a los telares, la principal industria urbana de la Edad Media; miniatura de un códice de la "Política" de Aristóteles (Biblioteca Nacional, París).

dental en las mejores características, opuestas a la antigua idea romana de unidad y cohesión.

Todos los factores antedichos otorgarán al mundo feudal las facetas que le son típicas: producción de tipo autosuficiente, tanto en lo agrícola como en lo artesanal, con la tendencia a producir solamente lo que en cada unidad feudal se necesita; falta de contactos importantes entre los distintos núcleos territoriales que componen el mosaico feudal; predominio de las formas jurí-

dicas y administrativas (costumbres) adoptadas por el señor; pérdida de importancia de los elementos culturales que carezcan de fuerte raíz agraria; repetición de las formas tradicionales en sus diversos aspectos, junto con la falta sustancial de espíritu de iniciativa; triunfo de un mundo integrista que vinculaba inseparablemente los diversos campos de lo temporal y lo espiritual y que conducía a la aceptación de las realidades de la tierra con un providencialismo muy acusado, que, al tiempo que justificaba a los

Torneo a caballo entre dos caballeros armados de lanza y protegidos con túnica metálica, según representación del siglo XII en un dintel de la catedral de Angulema.



REPLIEGUE Y CONFUSION DE LOS DISTINTOS FACTORES Y NIVELES EN LA SOCIEDAD FEUDAL

REDUCCION DE LAS PERSPECTIVAS JURIDICAS, etc.

REPLIEGUE DE LOS FACTORES ECONOMICOS EN FAVOR DE UN PREDOMINIO DE LOS ESQUEMAS DE AUTARQUIA DOMESTICA AGRICOLA

AUTORIDAD CONFUNDIRA CON PROPIEDAD

DOMINIO DIRECTO DEL GRAN SEÑOR AGRARIO

ORGANIZACION POLITICA SIMPLIFICADA CON LA ADMINISTRACION DE UNA FINCA RUSTICA

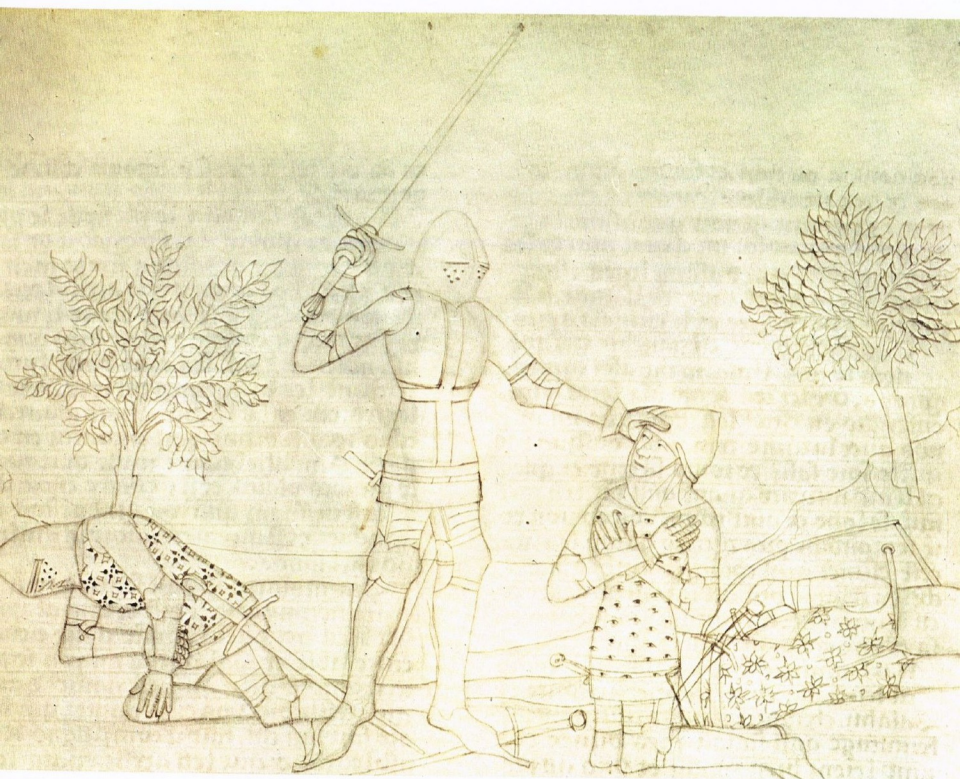
SIMPLIFICACION E INMOVILISMO CULTURAL EN FAVOR DE LOS ELEMENTOS AGRARIOS

PESO IMPORTANTE DE LOS FACTORES DE INMOVILISMO Y DE REPETICION, BASADOS EN LA "COSTUMBRE", LA TRADICION, etc.

poderosos, hacia aceptar a los pobres su miserable condición a través de una mística de resignación total.

En resumen, se trataba de conseguir que todos se adhirieran al principio de que Dios ha querido que todos, ricos y pobres, desempeñen, sin deseo de introducir cambios e innovaciones, un determinado papel en la vida temporal. Los pobres encontrarán el premio a sus privaciones y sufrimientos en la otra

Ilustración de un códice del siglo XIV que contiene el "Lanzarote del Lago", novela característica del ciclo medieval que ensalza el amor cortés, fuente para todo caballero de honor y medio de convertirse en un vasallo de la dama amada (Biblioteca Nacional, París).





vida, siempre y cuando la merezcan, es decir, no se hagan acreedores al fuego eterno a través del pecado.

Nos encontramos ante una forma de organización humana terriblemente pesada para la inmensa mayoría de personas que debían soportarla. El feudalismo fue un sistema de organización social de la mayoría en beneficio de los menos. En este sentido, la sociedad feudal se ha hecho acreedora con justicia a los reproches que desde ángulos

muy diversos se le han venido haciendo desde hace tiempo. En descargo, es preciso tener en cuenta las duras circunstancias de la época, que convirtieron el feudalismo en un sistema de emergencia de la sociedad occidental que tuvo que ser aceptado por la mayoría del pueblo común a causa tanto de la necesidad de encontrar seguridad a cualquier precio como de acomodarse a la violencia de los menos, costase lo que costase.

Sobre tales realidades emergió el feuda-

Testificación sacramental acerca de la validez del testamento del conde de Besalú, miniatura del "Liber Feudorum Maior", manuscrito de los siglos XII-XIII (Archivo de la Corona de Aragón, Barcelona).

Un manuscrito de mediados del siglo XIII lleva esta miniatura, que ilustra con detalle el acto de armar a un caballero (Museo Británico, Londres). A la izquierda, el rey entrega al caballero la espada. A la derecha, visten al caballero y le entregan un escudo y un estandarte.



lismo, que, además de reunir todas las características del sistema social, político y económico de la estructura agrícola europea, se convirtió, en función de su carácter global y de su capacidad de evolución, en un concreto y duradero sistema de organización del trabajo, tanto en el campo como en las ciudades. En este sentido estructuró las grandes masas campesinas en un sistema de arraigo a la tierra y de vinculación al predio que

cultivaban; un sistema conocido como “servidumbre de la gleba” y que se redondeó específicamente en los siglos XI y XII, con consecuencias que durarían hasta siglos muy cercanos.

Al propio tiempo, esta forma agraria de organización del trabajo pesaría en la vida de las ciudades y dejaría sentir su influencia en las fórmulas corporativas, que posteriormente irían definiendo los gremios y enti-



EN TORNO A LA REALIDAD FEUDAL EN LA PENINSULA IBERICA

La serie de peculiares circunstancias atravesadas por la antigua Hispania romana a lo largo de la Edad Media (presencia importante de bizantinos en zonas ribereñas mediterráneas y en la Bética durante la época visigoda; instalación durante varios siglos, en extensas zonas de la geografía hispana, de los musulmanes; distinta influencia, según las zonas cristianas, de los diversos factores francos y europeos, etc.), dibujan un panorama global distinto al de las regiones europeas, donde, tradicionalmente, se acostumbra ubicar el desarrollo más típico del complejo feudal, especialmente en Francia. Y precisamente por la vinculación, durante cierto lapso de tiempo, de una pequeña zona hispana con aquellas regiones europeas, en el conjunto ibérico se produce un significativo dualismo: el núcleo catalán de raigambre feudal (heredado de los francos) y el conjunto dominado por el fenómeno castellano, cuya caracterización y organización responde a factores distintos.

Puede afirmarse que, al margen de la pequeña zona catalana (vinculada y relacionada con los francos y las cosas de Francia), la organización y las características de la sociedad y la economía de las distintas zonas o reinos cristianos de España, que iban ganando terreno a costa de los musulmanes, respondió a factores

distintos de los que generó en el conjunto europeo la inseguridad colectiva de las dos grandes oleadas de invasiones y el colapso económico, surgido como resultado de la rarefacción de la moneda y de la ruptura de la unidad monetaria.

En efecto, en el conjunto hispano la presencia musulmana, además de paralizar el probable proceso feudalizante de la etapa visigoda, creó durante largo tiempo una organización islámica mayoritaria, que irradiaba su influencia hasta los pequeños focos cristianos, originando un clima de tipo psicológico que cooperaba a la manifestación de cierta estabilidad, tranquilidad y seguridad en el campo social, al propio tiempo que el complejo económico hispano no quedaba aislado del resto del mundo islámico, sino todo lo contrario, gracias al hecho de formar parte los musulmanes de un mundo ecuménico, con profundas e importantes ramificaciones en Asia y África, asentado sobre el mar Mediterráneo. Por ello, las relaciones de hombre a hombre (a excepción de la Cataluña franca), las posibilidades monetarias y los horizontes económicos no generaron, en conjunto, las condiciones que, en buena parte de Europa, dieron paso a la formación del feudalismo típico.

Desde Sánchez Albornoz a Ramón de Abad se ha comprobado no solamente el dualismo antes citado, sino la influen-

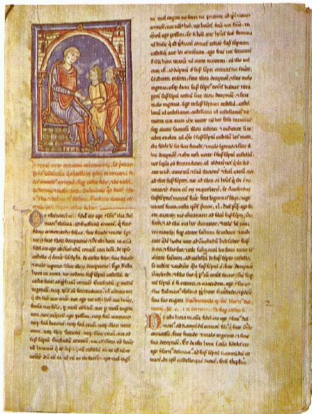
cia de los factores apuntados. Y asimismo, en función de este dualismo y de la influencia mencionada, puede comprenderse la larga aventura de la que se acostumbra denominar con el título de "Reconquista". No sólo, por ejemplo, ayuda a comprender el distinto ritmo que hace avanzar a los cristianos más allá del valle del Duero, o bien más allá del valle del Ebro, por citar dos casos muy claros, sino que se dibujan instituciones, mentalidades, preocupaciones y perspectivas muy distintas en la zona de influencia feudal franca e incluso en el resto de núcleos cristianos.

Estos factores distintivos, en conjunto, configuran a la mayor parte de España sobre unos fundamentos en parte distintos a los que habían promocionado buena parte de Europa y que finalmente adquirían una importancia al imponerse por un abrumador peso demográfico, territorial y político a la porción peninsular de solera feudal: es decir, con el triunfo de la dinastía de Castilla sobre la de la Casa de Barcelona y sus herederos.

Un triunfo lógico y que, por otra parte, abría provechosamente los horizontes de Hispania al mundo atlántico, con su manifestación más decisiva en el descubrimiento de América.

dades análogas. Más aún, la base de las corporaciones se encuentra en el mismo principio de garantías que caracteriza el feudo. La corporación o el gremio, cada oficio organizado, puede subsistir con una determinada organización por voluntad, es decir, por "privilegio" del señor. El señor, el soberano, otorga o no la facultad para ejercer determinada actividad artesanal o mercantil. Y es también dicho señor o soberano quien aprueba y otorga jurídicamente el estatuto propio de cada corporación, con su jerarquía, sus facultades, sus posibilidades de defensa frente a terceros, etc.

De esta compleja mezcla de elementos originariamente feudales surgirán, en aparente paradoja y contradicción, las bases de superación de las plataformas primitivas o estrictas del feudalismo, especialmente a partir de la concepción dinámica de las ideas de "feudo" y "privilegio". Para comprender este proceso transformador, impalpable en muchas ocasiones y sumamente lento en su



Primera página del "Liber Feodorum Ceritanie", manuscrito del siglo XII sobre los feudos del condado de Cerdeña (Archivo de la Corona de Aragón, Barcelona). La miniatura que encabeza el texto representa la clásica escena de homenaje, en que el vasallo junta sus manos y las pone en las de su señor, lo que equivale a una entrega de su propia persona.

Combate a espada entre un soldado blanco y uno negro, fragmento de un mosaico en mármol del siglo XII procedente de Santa María la Mayor, de Vercelli (Museo Camillo Leone, Vercelli).



conjunto, es preciso tener presente otra cuestión capital.

A pesar de la atomización simplificadora del feudalismo, que hizo girar cada entidad territorial en torno a sus reducidos límites, a pesar del inmovilismo económico y cultural reinantes, durante las típicas etapas feudales, ni todo fue vida agraria ni todos los hombres permanecieron quietos y apegados a su terreno. Las ciudades, aunque en su mayoría convertidas casi en miserables aldeas, no desaparecieron del todo y en ellas se gestaban plataformas de futuras transformaciones. Paralelamente, hombres aventureros, organizados casi militarmente, muy parecidos a los bandoleros, salteadores de caminos y piratas, y dotados de espíritu emprendedor y del sentido de la ganancia comercial, no dejaron de moverse de un lado a otro de este inmenso mosaico feudal. Sa-

Miniatura románica del siglo X que representa una pequeña embarcación de la época, movida a remos, cuya sencillez de líneas se repite en las pequeñas barcas de la actualidad (Biblioteca Municipal, Poitiers).



Tapa de marfil de un cofrecillo del siglo XIV en que se hallan representadas algunas escenas propias de la alta sociedad medieval: caballeros disputando un torneo bajo la mirada de un selecto público de damas y cortesanos, recompensa del vencedor, escenas de idilios (Museo de Ravena).

bían llevar a una comarca aquellos productos de que era deficitaria, obteniendo a cambio otros bienes que, a su vez, serían colocados en otros territorios que precisaban de ellos.

Así, de forma difícil y precaria, el comercio no se estranguló. La vida mercantil, aunque pobre y apagada, subsistió gracias a la realidad precaria de las ciudades y del espíritu aventurero de unos cuantos comerciantes. Y la supervivencia fue más soportable al

Una ilustración del "Roman de Renart", típica producción medieval compilada por trovadores en los siglos XII-XIII, cuyos personajes principales —todos animales— son el león-rey y la zorra, cuyas aventuras constituyen la trama del "Roman" (Biblioteca Nacional, París).

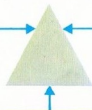


ELEMENTOS DETERMINANTES DEL FUNCIONAMIENTO DE LA SOCIEDAD FEUDAL

Dependencia de hombre a hombre. Elemento fundamental de la típica relación feudal. En el caso del campesino, el vínculo de dependencia impondrá, por ejemplo, la "servidumbre de la gleba".

Factor "fuerza": realidad coactiva básica, que mantiene los esquemas tradicionales.

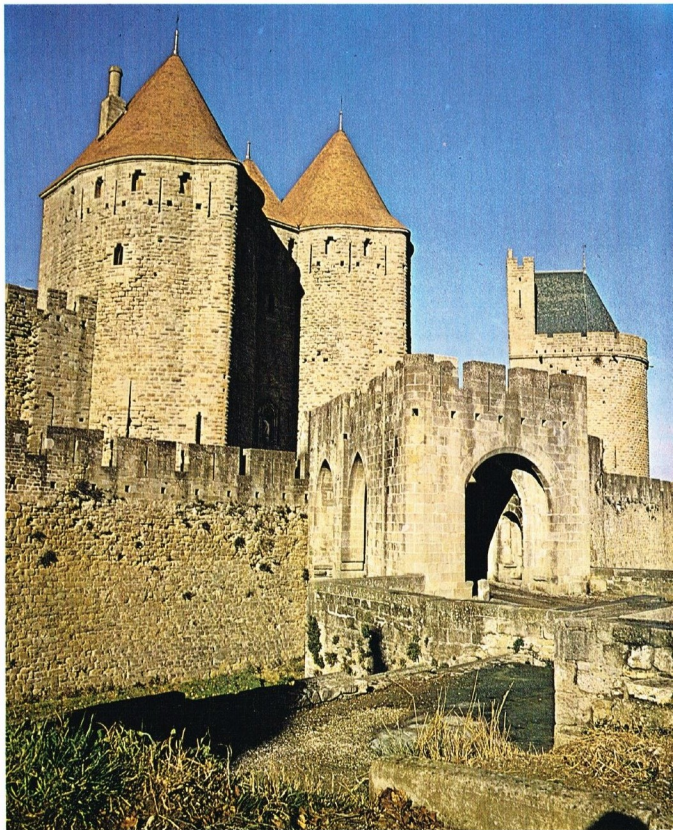
Esquema básico de la vida económica: valor tierra.



coincidir con el espíritu viajero y deseoso de ganancias de judíos, sirios, griegos y bizantinos y con la organización e intereses de núcleos hasta entonces extraños, como normandos y árabes.

Sería ingenuo pensar, sin embargo, en un significativo papel de lo mercantil en el seno de un sistema como el feudal, en que dominaba el principio de autarquía agraria y en el que el colapso monetario había adquirido tales proporciones que, ante la presencia de metales preciosos, se había prác-

Entrada a la "Cité" de Carcasona, cuyo recinto es una de las ciudades fortificadas más características e importantes de la Edad Media.



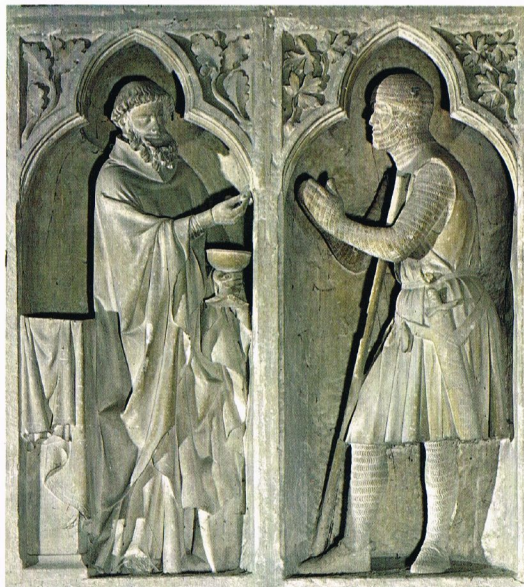
ticamente pasado a abandonar la idea de acuñar moneda para tesaurizar.

Estamos en la época de las grandes y ricas coronas, de los opulentísimos instrumentos de representación del poder (cetros, etc.), de la impresionante construcción de piezas religiosas (crucifijos, imágenes diversas) de oro y plata, repletas de piedras preciosas. La moneda significa muy poca cosa y, como consecuencia de ello, las perspectivas primeras para la actividad mercantil no eran ciertamente nada halagüeñas. Sin embargo, el comercio, más o menos escuálido, se mantuvo y fue paulatinamente ganando bazas. Unas bazas conseguidas, en buena parte, como resultado del riesgo que representaba ser comerciante.

En efecto, el comercio tenía un aire militar muy acentuado que indicaba hasta qué punto era difícil y compleja su realización. Los mercaderes para conseguir asegurar mínimamente la consecución de sus objetivos debían asociarse, aunque fuera temporalmente para una expedición comercial concreta, y organizarse en caravanas, concebidas y dirigidas de forma muy semejante a auténticos grupos militares. Los comerciantes viajaban fuertemente armados, dispuestos a hacer frente a cualquier contingencia, desde bandoleros a señores feudales estratégicamente instalados en su ruta y dispuestos a no dejar en libertad la caravana hasta percibir un elevado canon a cambio.

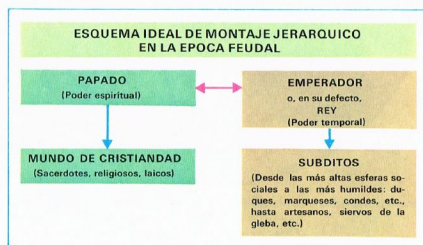
Paralelamente a los peligros y problemas anteriores es preciso añadir las dificultades técnicas de la empresa, especialmente los problemas de las rutas aptas para efectuar el viaje, reducidas, en muchos casos, a las antiguas calzadas romanas. En compensación, si el resultado de la actividad mercantil se conseguía y la caravana realizaba sus objetivos, los mercaderes conseguían sustanciosas ventajas que, a su vez, estimulaban más aún a los comerciantes. De esta forma, en el corazón del aparente inmovilismo feudal se estaban gestando fórmulas que habían de revolucionar el mundo medieval del occidente europeo y que, aunque resulte paradójico a primera vista, encontrarían la plataforma básica de su potenciación en el desarrollo de fórmulas de garantía y privilegio, surgidas de la estructura misma del mundo feudal.

La protección y el beneficio llegaron a ser un conjunto de garantías que un señor, dotado de suficiente fuerza y autoridad, daba a un comerciante o grupo de comerciantes para desarrollar determinadas actividades mercantiles, y un privilegio dado a una población o un núcleo estratégico –encrucijada de caminos, punto cercano a un puente, etc. – para realizar “mercado”. Así, insensible-



Este relieve, de una de las fachadas de la catedral de Reims, representa la escena de un caballero, con uniforme y armas de guerra, en el acto de recibir la comunión.

mente, el cerrado mundo medieval de las típicas etapas feudales iría cediendo el paso a épocas nuevas, potenciadas por un movimiento importante (gestado en las mismas entrañas feudales) y que por parte de varios autores recibiría como denominación la de “revolución comercial”. Una revolución manifestada paralelamente a la gran convulsión de las cruzadas.



BIBLIOGRAFIA

Abadal, R. d'	<i>Els primers comtes catalans</i> , Barcelona, 1958.
Bloch, M.	<i>La société féodale</i> , Paris, 1939-1940.
Calmette, J., y Higounet, Ch.	<i>Le monde féodal</i> , Paris, 1951.
Dawson, C.	<i>Los orígenes de Europa</i> , Madrid, 1945.
Dopsch, A.	<i>Fundamentos económicos y sociales de la cultura europea. De César a Carlomagno</i> , México, 1951.
Ganshof, F. L.	<i>El feudalismo</i> , Barcelona, 1963.
García Gallo, A.	<i>Las instituciones sociales en España en la Alta Edad Media (siglos VIII al XIII)</i> , en "Revista de Estudios Políticos", suplemento I, Madrid, 1945.
García de Valdeavellano, L.	<i>Les liens de vassallité et les immunités en Espagne</i> , en "Recueils de la Société Jean Bodin", I, 2.ª ed. aumentada, Bruselas, 1958.
Genicot, C.	<i>El espíritu de la Edad Media</i> , Barcelona, 1963.
Hinojosa, E.	<i>El régimen señorial y la cuestión agraria en Cataluña durante la Edad Media</i> , Madrid, 1905.
López, R. S.	<i>El nacimiento de Europa</i> , vol. IV de "Destinos del Mundo", Barcelona, 1965.
Paz, R.	<i>Un nuevo feudo castellano</i> , en "Anuario de Historia del Derecho español", vol. V, Madrid, 1928.
Perroy, F.	<i>La Edad Media</i> , vol. III de "Historia de las civilizaciones", Barcelona, 1961.
Rodón Binué, E.	<i>El lenguaje técnico del feudalismo en el siglo XI en Cataluña</i> , Barcelona, 1957.
Sánchez Albornoz, C.	<i>En torno a los orígenes del feudalismo</i> , 3 vols., Mendoza, 1942. <i>España, enigma histórico</i> , Buenos Aires, 1962.



Esta tapa de espejo del siglo XIV representa escenas de galantería amorosa, uno de los temas preferidos, junto con la descripción de justas y torneos, de los cantares de gesta (Museo del Louvre, París).